



PÁGINA DIDÁCTICA

ASESORÍA DOCENTE

N° 112

MAYO 2024

EXTRACTO DEL LIBRO:

Enseñar distinto. Guía para innovar sin perderse en el camino.

MELINA FURMAN¹

CAPÍTULO 2: EL APRENDIZAJE PROFUNDO COMO META EDUCATIVA

¿Hacia dónde queremos ir? ¿Cuál es la visión que nos va a guiar en este viaje a la innovación educativa? Cuando sabemos a dónde vamos, es más fácil tomar buenas decisiones.

La visión que la autora propone es la de una educación en la que los estudiantes incorporen nuevas lentes y capacidades para entender y actuar sobre la realidad; en la que practiquen **el disfrute y el compromiso por el aprendizaje durante toda la vida**. Para que eso suceda, necesitamos que nuestros estudiantes desarrollen lo que en pedagogía se conoce como “aprendizaje profundo”.

David Perkins, uno de los fundadores del enfoque de enseñanza para la comprensión en la Universidad de Harvard, define el aprendizaje profundo de la siguiente manera: “actuar con el conocimiento de manera flexible”. En esta definición hay dos palabras importantes. La primera es “**actuar**”. Cuando entendemos algo bien, ese conocimiento nos da nuevas alas para la acción. Podemos hacer cosas (muchas, diversas) con eso que sabemos: explicar, enseñar, dar ejemplos, resolver problemas, argumentar, crear, y muchas otras. La segunda es “**flexible**”. Podemos actuar adaptando eso que sabemos a contextos nuevos.

¿Todos los aprendizajes tienen que ser profundos, sí o sí? ¿Cuánto tiempo lleva alcanzarlos? ¿Son posibles en los tiempos que tenemos en las instituciones educativas? ¿Resignamos algunos conceptos disciplinares o capacidades por otros en nombre de la profundidad?

El aprendizaje profundo genera transferencia

En la ciencia del aprendizaje, la capacidad de usar lo que sabemos en un contexto diferente se llama “transferencia”. Y esa tiene que ser la

gran búsqueda de cualquier proceso de enseñanza. Porque queremos que lo aprendido se pueda poner en juego en otros contextos, sirva para el más allá de la universidad, es decir, para la vida.

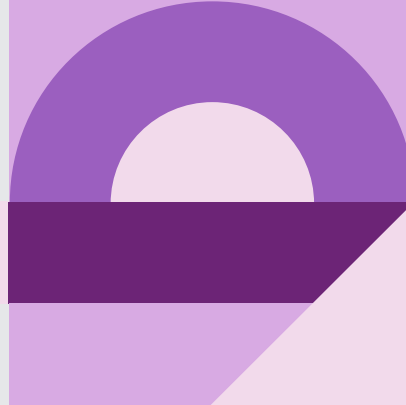
Grant Wiggins y Jay McTighe, grandes referentes de la corriente de la enseñanza para la comprensión, propusieron una serie de evidencias (ellos las llamaron “desempeños”) respecto de cómo se distingue el aprendizaje profundo en la práctica. En sus palabras, me doy cuenta de si alguien entiende o sabe algo bien:

- si lo puede explicar con sus palabras;
- si puede dar ejemplos;
- si puede aplicar ese conocimiento para resolver un problema o crear algo nuevo;
- si puede relacionar ese concepto con otros que sabe de antes o con su propia vida;
- si puede proponer preguntas propias acerca del tema;
- si puede representar eso que sabe con una imagen o metáfora;
- si puede explicar por qué es importante, y establecer conexiones personales;
- si se lo puede enseñar a otros;
- si se siente confiado con ese conocimiento.

Este último punto, el de la confianza, es esencial. Hay una **dimensión emocional** asociada al aprendizaje profundo. Cuando sabemos algo en profundidad, eso nos genera satisfacción, orgullo, seguridad, placer y, en muchos casos, pasión. Nos sentimos cómodos con ese tema. Sentimos que es parte de nuestra identidad, de eso que somos y podemos hacer en el mundo.

En esa dirección la autora propone llevar a los estudiantes. Se puede discutir (y por supuesto que vale la pena hacerlo) sobre formatos,

¹ - FURMAN, Melina. Enseñar distinto. 1ª ed. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2021. Consulta: mayo 2024.



contenidos y metodologías de enseñanza. Pero siempre y cuando no perdamos de vista que lo que queremos es **preparar a todos los estudiantes para la vida**, darles nuevas lentes y nuevas alas. Y lo mismo vale al revés, cuando un aprendiz no puede ir más allá del pensamiento y la acción memorísticos y rígidos, eso muestra una falta de comprensión.

¿Se puede generar aprendizaje profundo sobre todo lo que queremos enseñar? Vale la pena intentarlo. ¿Cómo? Se trata de decidir qué contenidos enseñar cada año. Pero tan importante como lo anterior es dedicar tiempo suficiente a cada tema y enseñar el paso a paso del cómo aprendemos.

Aprendizaje profundo versus conocimiento inerte

Cuando los estudiantes aprenden a entender, generan una base imprescindible sobre la cual construir el resto del edificio del aprendizaje. Aprender se convierte en un encuentro con un mundo nuevo que, poco a poco, van transformando en algo querido y que les pertenece. Construyen, así, una plataforma de despegue que los va a acompañar el resto de la vida.

La mala noticia es que lo contrario también es cierto. Si incorporamos información de manera superficial, estaremos construyendo un castillo de naipes que puede caerse al primer soplo. Y así habrá pocas posibilidades de que las ganas de aprender se mantengan encendidas por mucho tiempo. Por eso el archienemigo del aprendizaje profundo es el **conocimiento inerte**. Ese conocimiento que está ahí, sin vida. Que no entendemos bien. Que recordamos superficialmente. Que nos suena de oído, pero que no podemos usar.

Eso tiene consecuencias graves. Los estudiantes se van acostumbrando a que aprender es entender de forma parcial, o repetir cosas que no terminan de tener sentido para ellos. Si en las instituciones educativas acostumbramos a nuestros alumnos a “estar sin entender”, les resultará difícil desarrollar el aprendizaje profundo. El conocimiento inerte también es peligroso porque hace que los estudiantes se sientan inseguros, como si hubiera algo fallado en ellos. Cuando se les pregunta sobre algo que estudiaron pero nunca entendieron del todo, sienten que caminan sobre terreno movedizo y que quedan al descubierto.

En numerosas ocasiones, la balanza del aprendizaje está inclinada hacia el conocimiento superficial y fragmentado. Los estudiantes muchas veces se llevan la idea de que aprender algo es simplemente poder enunciarlo o definirlo, mencionar algunos hechos o datos o resolver problemas de manera mecánica. Porque muchas veces eso alcanza para aprobar un examen, y de ese modo internalizan que

aprender es algo que hacen para otros, en lugar de hacerlo para ellos mismos. Nuestro sistema educativo aún sigue teniendo mucho de este modo de trabajo y, por eso, mucho por cambiar.

Con esto no quiero decir que conocer datos o hechos no sea importante. El aprendizaje profundo no es blanco o negro. Necesitamos información para poder pensar. Y vale la pena que en su paso por la educación formal los alumnos adquieran cierta dosis de información que les permita manejarse en el mundo. El problema aparece cuando esa información no se usa para movilizar el pensamiento de los estudiantes, es decir, cuando la balanza se inclina demasiado hacia tareas repetitivas o de baja demanda cognitiva. Ahí tenemos un enorme terreno para mejorar.

Debemos prestar especial atención a que no exista una disociación entre nuestras intenciones pedagógicas y lo que efectivamente generamos en los alumnos.

Es fundamental que, como docentes, podamos hacernos preguntas sobre el sentido de cada uno de los contenidos que enseñamos. Para que la razón de enseñar cierto tema vaya mucho más allá de darlo porque está en el currículum o porque forma parte de la cultura general que esperamos que los estudiantes adquieran. Preguntas como: ¿Hay que dejar de enseñar algunos contenidos? ¿Qué fenómeno se explica con este contenido? ¿Qué problemas pueden resolverse? ¿De qué manera se aplica en el ejercicio profesional? ¿Hay maneras diferentes de organizar los grupos de estudiantes? ¿Hay otros modos de aprovechar los espacios y tiempos para aprender? ¿Qué estrategias ayudan a generar autonomía en los alumnos? ¿Cuáles son las mejores maneras en que podemos darnos cuenta de si nuestros alumnos aprendieron eso que buscábamos enseñarles? ¿Cómo lograr que ellos mismos se den cuenta de qué aprendieron?

Debemos revisar los contenidos, la enseñanza y los modos de evaluación, para que los alumnos no se lleven la idea errónea de que aprender es repetir sin entender y, por el contrario, se construya una cultura en el aula y en nuestra universidad que fomente el aprendizaje profundo, el disfrute por el conocimiento y la autonomía de los estudiantes.

Pero ¿Cómo tenemos que enseñar para hacer que esa visión se transforme de una expresión de deseo en algo que sucede en la cotidianidad de nuestra tarea como educadores? Mirando nuestra práctica de manera amorosa (porque nos llevó mucho esfuerzo y lo hicimos lo mejor que pudimos), a la vez que reflexiva y crítica (porque queremos enseñar cada vez mejor).